

DICCIONARIO DEL AMANTE DE AMERICA LATINA, de Vargas Llosa

Juan Gustavo Cobo Borda

Desde su primera novela de 1963, *La ciudad y los perros*, una de las estrategias narrativas que más utiliza Mario Vargas Llosa (Arequipa, Perú, 1936) es el contrapunto de dos historias, diferentes y paralelas, que permiten contrastar situaciones y caracteres. Donde este procedimiento alcanza un insospechado viraje es en su novela *El hablador* (1987), donde la historia de la tribu amazónica de los machiguengas se contrapone, en apariencia, a la historia de su amigo judío Saúl Zuratas que había entrado a estudiar derecho, junto con Vargas Llosa, a la Universidad de San Marcos, en Lima. Tenía un gran lunar morado que le cubría todo el lado derecho de la cara y por esa razón, decía él, lo llamaban Mascarita.

Lo fascinante de esta historia, narrada en capítulos alternos y en dos lenguajes por completo diferentes, es que el propio Vargas Llosa, invitado por amigos, viaja al Amazonas y escucha de un investigador gringo del Instituto Lingüístico de Verano, la historia un tanto incidental y sigilosa del hablador. Un indígena que recorre las tribus dispersas y nómadas contándoles historias, interminables historias, donde la mitología de la tribu, el poder fundador de la saliva otorgándole vida a las cosas, la presencia totémica de los animales de la selva, conviven con sus peripecias y anécdotas personales, y así mantiene, gracias al solo poder de la narración oral, una identificación cohesiva de esos hombres errantes y en peligro de extinción, ante la mal llamada civilización de caucheros y depredadores de bosques y fauna.

Todo ello para descubrir, al final, perplejos, fascinados, atrapados en el rapto de un lenguaje poético y en la sobriedad de una prosa expositiva, que el nuevo hablador de la tribu no es otro que Mascarita, el judío culto Saúl Zuratas, que ha llegado, en sucesivos viajes, a compenetrarse de tal modo con los arcanos de esos seres prehistóricos, con su sabiduría ancestral en botánica y comprensión de la naturaleza, con su memoria activa en analogías y leyendas aún válidas. Desde un viaje al Alto Marañón, a los 22 años, en 1958, la selva marcó a Mario Vargas Llosa y le ha otorgado por lo menos tres novelas: *La casa verde*, *Pantaleón y las visitadoras* y *El hablador*. Y quizás también una cuarta, en la que ahora trabaja, sobre un irlandés que murió ejecutado y que en 1912 visitó el Putumayo y la Casa Arana, denunciando la explotación de los nativos. Una denuncia eficaz que daría incluso origen a que Pío X escribiera una encíclica condenando la situación, titulada *Lacrimabili Statu*. Pero esta

novela, cuyo título provisional es *El sueño del celta*, no fundirá dos historias sino tres, o quizás más, donde estuvo el personaje: el Congo del rey Leopoldo de Bélgica, otorgado graciosamente por las potencias europeas a quien se consideraba un benefactor de la humanidad y no era más que un explotador sin escrúpulos; su viaje a la selva peruana y su carácter de fundador clandestino del IRA, oponiéndose a la dominación británica en su patria. Una historia. No: miles de historias que crecen, se bifurcan, proliferan, hasta volver la realidad ficción. Quizás por ello una de las preguntas centrales de la obra de Vargas Llosa es : ¿cómo nacen las historias? Una de las pistas nos la da en el propio *El hablador* al reconocer, a partir de allí, el embrujo que le suscitan las figuras de los troveros ambulantes de los sertones bahianos “que acompañados por el bordón de su guitarra entreveraban, en las polvorientas aldeas del Nordeste brasileño, viejos romances medievales y chismografía de la región” (p. 158-159).

O el *seanchai* irlandés, que incluso hoy en día, en los pubs, es “decidor de viejas historias”, que pueden remontarse a los mitos y leyendas célticas. A lo mejor, ¿por qué no?, aparecerá uno de ellos en la novela en la que ahora trabaja, y que lo tiene por estos días en Irlanda, siguiendo los pasos de ese *sir* inglés fusilado por la Corona debido a su nacionalismo irlandés. Por todo ello, y si queremos disfrutar, el inagotable archivo en donde se hallan encerradas, estas y muchas otras posibles historias, nada mejor que el *Diccionario del amante de América Latina* (Barcelona, Paidós, 407 páginas), donde se hallan agrupados, en orden alfabético como corresponde, ciudades, países, personajes, temas y mitos que han intrigado a Vargas Llosa y lo han llevado a escribir sobre ellos. Allí están Jorge Amado y la Amazonia, allí conviven Aracataca, Borges y Fernando Botero, allí está una magistral descripción de lo que significa el peruanismo *huachaferia*, viajes por la selva, el *sertão* y las ruinas legendarias del esplendor inca, Fidel Castro y Chabuca Granda. Un gozoso diccionario para un disfrute inagotable.